

## LA UNIDAD DE EUROPA Y EL CULTIVO DE LA VIDA ESPIRITUAL

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás \*

Cinco experiencias personales consecutivas me llevaron, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, a preocuparme por el tema de Europa.

A comienzos de agosto de 1953 pisé por primera vez tierra alemana. Fue en la estación de ferrocarril de Colonia. Ante mi vista apareció la imagen mil veces admirada de la catedral. Me produjo una impresión intensa, pero desoladora: el templo se hallaba seriamente dañado y sus alrededores estaban destruidos. Colonia era una ciudad devastada. Por todas partes, edificios quemados, semiderruidos, y entre ellos grandísimos huecos, como calvas trágicas de un bosque talado. Para ir a la universidad tenía que atravesar el barrio en el que había sostenido el gran Scheler su famosa tertulia, con pensadores como Peter Wust, Dietrich von Hildebrand, Romano Guardini, Landsberg y tantos otros. Ahora era puro campo, y los niños discutían si alguna vez había habido casas allí. Con los escombros de la ciudad se levantaron cinco colinas, más tarde convertidas en parques. Y yo pensaba: *Esto es Europa*, la gran Europa que se ha devorado a sí misma por haberse entregado al odio.

El día 15 asistí en la catedral a la misa de Nuestra Señora, patrona de la ciudad. Una multitud, sobre todo de jóvenes, abarrotaba el amplio templo. Portaban banderas de diversas asociaciones y cantaban a coro, con el ritmo marcial que caracteriza los *Lieder* alemanes. El órgano hacía vibrar las amplias naves. Obras de

---

\* Sesión del día 15 de junio de 1999.

Bach, Bustehude y Reger me hacían recordar los mejores tiempos de la cultura germánica. Mientras oía los severos acordes de esta música profunda, contemplaba las expresivas imágenes góticas y vibraba con la tensión interna que suscitan las dos directrices básicas de los templos góticos: la directriz horizontal y la directriz vertical. Y pensaba para mí: *Esto es también Europa*. Pero ¿qué enigmático destino es el de este pequeño continente, que alcanzó tales cimas de cultura y provocó una hecatombe cuando estaba a punto de tocar con la mano una felicidad sin límites?

A comienzos de octubre asistí en el aula magna de la universidad de Colonia a una representación de la ópera *Lobengrin* de Richard Wagner. La sala era incómoda y el escenario insuficiente, pero había un visible fervor en los asistentes y en los intérpretes. El alma germana bullía en esa obra cargada de sabor medieval y espíritu caballeresco. *He aquí la vieja Europa de la alta cultura —me decía—, de la genialidad artística que logra el añorado sueño de la «Obra de arte total».*

Poco después, viajando en tren de París a Bruselas, pude ver en la estación de un pueblecito belga llamado Vink un sencillo monumento. Representaba a varones de distintas edades cayendo al suelo amontonados. Era el recuerdo del momento terrible en el que todos los varones de ese pueblo fueron fusilados en ese lugar por las tropas nazis, en represalia por haber descarrilado en las cercanías un tren de las SS.

Más tarde, tuve ocasión de visitar el campo de concentración de Dachau, con sus barracones y sus hornos crematorios conservados en su estado original por el ejército norteamericano. El sobrecogimiento que me produjo me llevó a preguntarme si sería posible la reconciliación después de Dachau y de Auschwitz, y, con ella, la reconstrucción de la vida europea. Recordaba que el Tratado de Paz de Versalles, que cerró la Primera Guerra Mundial, no hizo sino preparar el clima de odio que iba a desencadenar el conflicto de 1939. Veía a los alemanes trabajar febrilmente, día y noche y codo con codo, para reconstruir sus hogares, levantar escuelas e iglesias, normalizar la vida. Era ejemplar esa diligencia, pero podía ser el comienzo de un largo camino hacia la venganza. Sabemos por la Historia que Europa posee una increíble vitalidad, merced a la cual superó conmociones gigantescas y recuperó su antiguo esplendor. Mas ahora la herida era demasiado profunda y los odios parecían cubrir Europa como una capa de sal.

## QUÉ ES EUROPA

Romano Guardini, hombre muy sensible a la idea de una Europa unida, escribió lo siguiente en 1946, ante las ruinas de la posguerra: «Hoy día atraviesa

Europa la crisis más profunda de su historia; tan profunda que muchos llegan a preguntarse si todavía existe 'Europa' en el antiguo sentido de la palabra. Pero «Europa todavía vive» —agregó—, y «acaso el derrumbamiento del poder tan monstruosamente exagerado por el nacionalsocialismo abra el camino incluso para nuevas posibilidades europeas»<sup>1</sup>.

No era fácil imaginar de qué posibilidades podía tratarse. Europa se hallaba colapsada, y removía en nosotros el recuerdo de tantas civilizaciones poderosas que desaparecieron definitivamente. Para adivinar si Europa podía tener un futuro, se requería penetrar muy hondo en lo que significa el «espíritu europeo», el «alma» de esta vieja Europa tan castigada a lo largo de la historia pero capaz una y otra vez de regenerarse de modo asombroso.

¿Qué es, en realidad, Europa? «No es un mero complejo geográfico —advierte Guardini—, ni un mero grupo de pueblos, sino una entelequia viva, una figura espiritual operativa»<sup>2</sup>. Este carácter unitario se lo debe a su modo propio de ser, a su espíritu peculiar, a su esencia. Esta esencia y ese espíritu proceden de tres ingredientes básicos: 1) el afán griego de comprender racionalmente la vida y el universo, crear belleza y descubrir su sentido más hondo; 2) el amor romano al orden, la legalidad y la eficacia; 3) la orientación trascendente del Cristianismo. La fe cristiana permitió a los europeos contemplar el mundo a cierta distancia, ganar serenidad frente a él y someterlo a un análisis científico, y, sobre todo, trascenderlo para abrirse al Creador, ganando así una *gran soberanía de espíritu*.

Lo más profundo y característico de la cultura europea —la literatura, el arte, la filosofía, la política, la religión...— está inspirado por esa libertad interior y ese impulso hacia lo más alto, que ya Sócrates y Platón habían promovido pero que sólo en el Cristianismo adquirieron todo su alcance. La conciencia de su altísima dignidad personal, propia de un ser creado a imagen de Dios, la debe el hombre europeo al Cristianismo.

Ahora bien. Si Europa tiene un espíritu propio, determinado en buena medida por el legado cristiano, que es radicalmente *amor*, afán de unidad, ¿cómo se explica que se haya vuelto airadamente contra sí misma con un frenesí demoleedor? Mucho nos va en saberlo, porque la historia que no se medita a fondo amenaza con volver a repetirse de forma todavía más negativa.

---

<sup>1</sup> Cf. *El Mesianismo en el mito, la Religión y la política*, Rialp, Madrid, 1948, pág. 155.

<sup>2</sup> *Ibid.*

## CUALIDADES DEL ESPÍRITU EUROPEO

Para descubrir cómo pudo Europa, tras varios siglos de progreso ininterrumpido en ciencia, técnica y calidad de vida, provocar una destrucción sin límites y un desconcierto espiritual absoluto, conviene destacar las condiciones básicas de lo que podemos llamar «el espíritu europeo» y descubrir cómo se fue empobreciendo y adulterando a lo largo de los siglos.

Hagan memoria conmigo y recuerden lo que significan en el arte figuras como Fidias y Miguel Angel, Rafael y Velázquez; en literatura, Sófocles, Cervantes, Shakespeare y Goethe; en filosofía, Sócrates, Platón, San Agustín, Sto. Tomás, Kant, Hegel y Scheler; en música, Victoria, Bach, Mozart y Beethoven; en ciencia, Galileo, Newton, Planck, Heisenberg y Einstein; en política, Carlomagno, Carlos V, Napoleón; en vida religiosa, Francisco de Asís, y las tres grandes Teresas (la de Ávila, la de Lisieux y la de Calcuta)..., y no les cabrá en el ánimo tanto asombro como suscitan estos gigantes. Pero incrementen ese asombro con el que producen el Partenón, las grandes catedrales, los soberbios castillos y las bellísimas ciudades..., y no habrán comenzado siquiera a vislumbrar lo que implica Europa.

Al rememorar la inmensa riqueza que albergan esos nombres y mil otros no menos excelsos, se irá perfilando lo que significa «el espíritu europeo». «No terminaríamos —escribe a este respecto un espíritu tan comedido como Karl Jaspers— si quisiéramos enumerar todo lo que nuestro corazón ama, una riqueza inagotable de espíritu, de moralidad, de fe». «Ahí es donde nuestro corazón se inflama y nos arrastra»<sup>3</sup>.

Pero debemos mitigar nuestro entusiasmo y analizar con sobria precisión las actitudes espirituales que configuran el espíritu europeo, los modos de pensamiento y las formas de conducta o tendencias que, al operar conjuntamente, perfilaron esa figura humana que llamamos «el hombre europeo». Podemos destacar, entre muchos otros, los siguientes:

1. *El amor a la verdad, la búsqueda intelectual de las esencias de los fenómenos y las realidades.* Los griegos crearon una arquitectura, un arte plástico, una música y una literatura de belleza sin par, y al mismo tiempo se ocuparon de descifrar el secreto de tal creación. Por eso, además de construir, por ejemplo, la maravilla del Partenón, nos revelaron que el secreto de su belleza radica en la *armonía*, y ésta es engendrada por la *proporción* y la *medida* o *mesura*. Pero no

---

<sup>3</sup> Cf. *El espíritu europeo*, Guadarrama, Madrid, 1957, pág. 290.

se contentaron con estas dos actividades geniales. Sino que, en un alarde de intuición filosófica, un día Sócrates se dirige al sofista Hippias y le pregunta: «¿Qué es la belleza?». No qué *cosas bellas* observa alrededor, sino qué es *la* belleza: «*Ti esti to kalón*». Con ello, el pensamiento europeo dio el salto al plano *metafísico*, el del conocimiento de las «esencias». No pregunta por esta o esa cosa bella, sino por lo que convierte en bellas todas las realidades que se muestran como tales. Busca la «esencia», y con ello adquiere un grado insospechado de penetración en la realidad. Ello va a suponer una inmensa *soberanía de espíritu*. Tal soberanía va a inspirar otras características del espíritu europeo, que reseño seguidamente.

2. *El respeto a la ley, como instancia ordenadora de la vida.* Los discípulos de Sócrates le proponen huir de la ciudad para eludir una condena injusta. El maestro rechaza la oferta por respeto a las leyes que estructuran la vida social. Aquí resalta por primera vez con fuerza impresionante el valor que tienen los conceptos cuando no se los toma como *meras palabras* sino como *fuentes de vida humana plena, totalmente digna*. «La ley» es principio de vida ordenada, justa, orientada hacia un fin noble. «La belleza» es el origen vivo de todas las realizaciones bellas. «La justicia» es la instancia que regula debidamente todas las acciones humanas.

3. *La dignidad humana y la libertad.* Al vincularse la alta idea del hombre que implicaba la condición de «ciudadano romano» con el largo alcance del concepto cristiano de persona creada a imagen de Dios, se fragua una convicción sólida del carácter inquebrantable de la dignidad humana. Ésta implica el ejercicio pleno de la libertad. Frente a la práctica pagana de la esclavitud, San Pablo recomienda a Filemón que trate a su «siervo» Onésimo como un «hermano». Era el comienzo de una larga historia de luchas en favor de los derechos del hombre. Esta historia fue, lamentablemente, demasiado premiosa y dubitativa. Pero el germen de la preocupación por respetar la dignidad humana estuvo desde entonces operante en la vida europea de todos los tiempos. Errores graves que constituían verdaderos delitos contra la humanidad —como la práctica de la esclavitud— fueron superados por la misma Europa *desde dentro*, merced a la energía espiritual que le otorgó en todo instante su deseo de *buscar la verdad y vivir de la verdad y en la verdad*.

Los grandes pensadores cristianos de la Europa medieval contribuyeron de modo decisivo a clarificar la vinculación que existe entre el concepto de *libertad* y el de *verdad*. Soy plenamente libre cuando elijo algo no sólo porque me gusta, sino porque estoy persuadido de que es *justo*, se ajusta a la verdad de mi ser. Toda elección auténtica se funda en una certeza y, en definitiva, en la verdad de las cosas, el *ordo rerum*. De ahí que para conquistar la libertad verdadera haya que superar

las opiniones infundadas y penetrar en la verdad. Pero esta penetración no puede realizarse a solas, individualmente, sino a la luz que brota en una búsqueda común. A la verdad se va en comunidad. Se llega a ser libre cuando se crea una vida de participación comunitaria en la gran tarea de crear una vida dotada de sentido. Este sentido pleno sólo puede venirle al hombre, ser *finito creado*, del Ser Infinito, el Creador.

Europa fundó una vida comunitaria firme al participar en una verdad común que compromete el sentido de la existencia: *la creencia en Dios*. El hombre fue creado por Dios como un ser libre, y debe comprender que su libertad consiste en aceptar lúcidamente su origen y su fin. Es libre en vinculación al Ser infinito, y este tipo de vinculación u «obligación» no sólo no bloquea su desarrollo personal sino que lo hace posible en una medida insospechada.

### LA DEGRADACIÓN DEL ESPÍRITU EUROPEO Y LA ECLOSIÓN DEL CONFLICTO

A partir del Renacimiento, el hombre europeo se abrió a la grandeza del mundo, se asombró al descubrir las posibilidades de conocimiento que ofrece la ciencia y las de transformación de la naturaleza que presenta la técnica; cobró conciencia creciente del poderío del yo, del encanto de la vida terrena, y sintió dificultad en mantener el equilibrio entre la immanencia y la trascendencia, entre la libertad y la vinculación a la realidad y a Dios, entre la ciencia y la fe, entre la técnica y el respeto a la naturaleza. Ese equilibrio es difícil de conseguir, y llena la vida de tensiones: El ser humano tiene poder de iniciativa, pero pende en definitiva del Creador; es libre, pero está sometido a condiciones externas; es autónomo, en cuanto se rige por leyes que ha de interiorizar, pero es heterónimo, pues tales leyes le vienen propuestas desde el exterior.

El hombre de la modernidad, subyugado por el poder creciente de la ciencia y la técnica, se dejó impresionar cada vez más por las realidades terrenas y orientó su actividad hacia el incremento del poder, el dominio, el manejo de objetos, el logro de bienestar y felicidad. En medio de la inseguridad de la vida, algo tenía seguro: *la eficacia de la ciencia*. Pero la ciencia es eficaz precisamente porque su método es *unilateral*: sólo atiende a las realidades cuantificables, expresables en lenguaje matemático. El predominio de la ciencia y la técnica va a orientar al hombre moderno hacia un *pensamiento unidimensional*. Al ver que un poco de conocimiento científico teórico da lugar a una medida correlativa de posibilidades técnicas, y éstas hacen posible dominar la realidad, crear artefactos, producir bie-

nestar y felicidad, concluyó que, elevando el conocimiento indefinidamente, lograría de modo automático una felicidad sin límites. Esta convicción inspiró el gran *ideal de la modernidad*: conseguir un conocimiento ilimitado y un poder y una autonomía sin fronteras. No se cuidó de elaborar al mismo tiempo una correlativa *Ética del poder*. La Ética debe moverse al mismo tiempo en varios niveles: el de la acción y el del sentido de la acción, el del poder y el del sentido del poder, en el de la felicidad y en el de las condiciones de la auténtica felicidad.

El hombre afanoso de poderío ilimitado quiso moverse en la inmanencia sin atender a la trascendencia, ser autónomo sin vinculación alguna. Malentendió todo tipo de vinculación como una *traba*. No vio la posibilidad de que en algún caso pueda ser un *vínculo promocionante*. Por eso se atuvo en exclusiva al ámbito de la ciencia y la técnica, en el que se sentía protagonista, y se guió solamente por la *lógica interna* de ambas. «Todo lo que es posible científica y técnicamente —vino a decir— acabará haciéndose. La ciencia y la técnica no pueden ser limitadas desde fuera de sí mismas». Cualquier instancia que intentara ponerle límites era considerada como contraria al progreso indefinido de la humanidad y anatematizada como reaccionaria y retrógrada.

Con ello, el criterio de autenticidad no vino dado por la *verdad* sino por la *eficacia*. El canon de la conducta recta comenzó a ser el éxito mundano más que el ajuste a instancias supraterrénas. Esta desvinculación respecto a las instancias trascendentes pareció incrementar la libertad y la autonomía humanas, pero amenazó peligrosamente la *libertad interior* de hombres y pueblos. La verdadera libertad no se asienta sobre el vacío, sino sobre el terreno firme de instancias estables, de la verdad que no cambia.

Al romper el vínculo con la verdad «objetiva» —en el sentido de no meramente subjetiva, no sujeta al arbitrio del sujeto de conocimiento—, el hombre europeo cayó en el grave escollo del *relativismo* y el *subjetivismo*, orientaciones para las cuales la verdad y los valores dependen totalmente del hombre que piensa y valora. Este relativismo subjetivista inspira modos de pensar y actuar *arbitrarios*, y da lugar a las diversas formas de la *intolerancia*. Ser tolerante es buscar la verdad en común, la verdad que nos supera y aúna a todos. El hombre que no reconoce una verdad y unos valores distintos e independientes de él vive como mero *individuo*, no como *persona*. Y la suma de meros individuos da lugar a una *masa*, no a una comunidad. Pero la masa carece de estructura interna y de la energía y fortaleza que ella confiere. Por eso el hombre de la masa, el hombre gregario, parece al principio muy fuerte, porque actúa de modo prepotente, autárquico, autosuficiente, pero pronto se siente débil, pues se ve desorientado, y acaba pidiendo un

guía que le *dicte* lo que ha de hacer para hallarse a resguardo. Lógicamente, el que dicta acaba actuando de «dictador». Ello explica que en plena *belle époque*, cuando la humanidad creía pisar el umbral del paraíso perdido, un dictador sobrado de poder técnico y falto de poder moral provocó el mayor conflicto de todos los tiempos.

He aquí cómo la gran tragedia bélica comenzó por un movimiento de autoexaltación del hombre. Sören Kierkegaard, el genial pensador danés, lo había previsto al afirmar que el ser humano es una *relación que se relaciona consigo misma y con el Poder que la sostiene*, y, cuando rompe esa relación constitutiva con el Ser Supremo, *se descentra y entra en estado de desesperación*<sup>4</sup>.

El espíritu unilateral de la edad moderna obtuvo éxitos espectaculares en ciencia, técnica, política, expansión territorial y colonización de pueblos. Pero, a comienzos del siglo xx, sobrevino la gran tragedia y la devastadora decepción. En vez de la felicidad ilimitada que se presagiaba, sobrevino la calamidad infinita, el colapso absoluto en el aspecto físico y en el espiritual. La creencia de que el progreso es siempre lineal y progrediente se reveló falsa. El ideal del poderío absoluto hizo quiebra, y la sociedad europea empezó a pensar que la vida es «absurda». Esta carencia de sentido condujo al «nihilismo» y la subversión de valores. Los valores vitales fueron considerados como los más altos, y los espirituales como los más bajos. «La fuerza viene de abajo», se proclamó<sup>5</sup>; «poderoso es lo más bajo; impotente lo más alto»; las energías instintivas constituyen la principal fuente de energía en el hombre. El espíritu es un elemento más bien negativo en la existencia humana porque es la raíz de la capacidad de pensar y planificar, planificar, por ejemplo, los conflictos bélicos.

Pero ¿en verdad la vida es absurda y sólo los valores más bajos tienen poderío y el espíritu no sirve sino para provocar conflictos? A fin de hacer luz desde ahora sobre esta cuestión decisiva, debo indicar que la vida humana aparece como algo sin sentido *cuando no vivimos de manera creativa*, y el espíritu humano se muestra como una instancia negativa, a veces siniestra, *cuando la capacidad de pensar, querer y planificar que nos otorga es puesta por nosotros al servicio de una voluntad de poder a ultranza*.

---

<sup>4</sup> Cf. *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*, Guadarrama, Madrid, 1969, pág. 61.

<sup>5</sup> «Die Kraft kommt von unten», afirmaron Nikolai Kartmann y el Max Scheler de las últimas obras.

## ¿PUEDE VIVIR EN PAZ UN SER DOTADO DE ESPÍRITU?

Por no tener esto en cuenta, ciertos pensadores afirmaron, tras la primera guerra mundial (1914-1918), que el espíritu, como raíz de la inteligencia, destruye la paz del universo. La vida animal no provoca conflictos, pues está regulada por la especie. El animal, dejándose llevar de los instintos, actúa bien, de forma ajustada a su naturaleza. Ataca cuando lo necesita para defenderse o alimentarse, pero sólo dentro de ciertos límites. No planifica el ataque, ni intenta aniquilar al adversario. El hombre tiene libertad para trazar planes destructivos, y no posee un instinto que le marque la forma de actuar. Por eso puede deslizarse hacia actitudes extremistas. La solución consiste, para esta corriente de pensamiento, en *huir del espíritu*, atacar la vida espiritual, fomentar la entrega a la vida instintiva. El tirano Calígula, al verse totalmente solo entre sus víctimas, exclamó desesperado: «Si por lo menos, en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía, pudiera gustar la verdadera, el silencio y el temblor de un árbol!»<sup>6</sup>. He aquí la nostalgia por el mundo infrapersonal, infraespiritual, infrarresponsable que se advierte en diversos pensadores, artistas y literatos hasta nuestros días.

Otros pensadores estimaron, por el contrario, que los conflictos humanos no pueden solucionarse *por vía de descenso*, sino *de ascenso*; no eludiendo los deberes que nos impone nuestra condición humana, sino asumiéndolos con talante creador. Ciertamente, el espíritu permite planificar la guerra y la aniquilación, pero también la paz, la concordia y colaboración, la participación en grandes ideales comunes. Unirse para hacer el bien es la forma de superar de modo excelente la tentación de cerrarse en sí mismos, considerar a los demás no sólo como distintos sino como externos y extraños. De *extraño* a *hostil* no hay sino un paso. Un paso fácil de dar, pues no exige esfuerzo creativo alguno. En cambio, entregarse a hacer el bien en común supone generosidad, olvido de sí, capacidad de poner la vida a una tarea sacrificada.

Esta es, a mi ver, *una de las tareas decisivas de la Europa actual*: descubrir las inmensas posibilidades de este tipo de sacrificio y, por tanto, la fecundidad de la cultura bien entendida. Lo importante es *enriquecer* la vida humana, no *empobrecerla*, como hace el reduccionismo. Ya en 1921, dos años después de la primera guerra mundial, un genial investigador del alma humana, el austriaco Ferdinand Ebner, delató que el mayor error cometido por Europa fue confundir la vida espiritual con el mero cultivo de ciertas actividades culturales brillantes pero super-

---

<sup>6</sup> Cf. ALBERT CAMUS: *Calígula*, en *Teatro*, Losada, Buenos Aires, 1957, pág. 64; *Calígula, suivi de Le Malentendu*, Gallimard, París, 1958, pág. 26.

ficiales, no comprometidas con la existencia de cada uno. Yo puedo ser poeta y dedicar versos encendidos al amor, pero no ser comprensivo con los demás, sino duro y cruel. En ese caso, Ebner diría que *no vivo una auténtica vida espiritual*, sino que me limito a «soñar con el espíritu»<sup>7</sup>. Es decisivo darse cuenta de que la única cultura que merece tal nombre es la que implica «cultivo del espíritu», y el espíritu pide de por sí apertura al otro, compromiso con él, creación de ámbitos de *comunidad*, no sólo de *comunicación*.

En su film *Roma, città aperta*, Rosellini nos muestra a un comandante de las SS que, durante la última guerra mundial, manda torturar a un partisano italiano que se niega a delatar a sus compañeros. Mientras se oyen sus gritos de animal herido, el comandante se retira a una habitación contigua para derramar lágrimas oyendo una deliciosa composición musical. Ante esta escena, Ebner diría que tal refinamiento estético es puro «soñar con el espíritu», no alcanza la condición de *vida espiritual*.

Comprender esta distinción y aplicarla a la propia vida significa, según Ebner, una verdadera «revolución» en la sociedad contemporánea, una conmoción positiva que lleva a dar un giro hacia modos de conducta sumamente constructivos. Estaba seguro, sin embargo, de no ser él la persona adecuada para promover ese cambio radical. Efectivamente, no lo fue, pero sirvió de inspiración a diversos pensadores que pusieron en marcha actividades conducentes a realizar esa transformación de la mente y la conducta. Pensemos, por ejemplo, en el *Pensamiento Dialógico*, y, de modo concreto, en Romano Guardini y sus colaboradores del *Movimiento de Juventud* alemán.

Durante largos años, Guardini buscó el método adecuado para regenerar la sociedad desde sus raíces. Cuando, hacia 1922, entró en contacto con el Movimiento de Juventud en el castillo de Rothenfels, se encontró en su *elemento*. Esos grupos de jóvenes, dirigidos por el gran pedagogo Bernhard Stehler, intentaban comprender a fondo el sentido y el valor formativo de diversos fenómenos culturales: el canto, el baile, la conversación, las marchas en grupo por el campo, la oración en común, el silencio hondamente vivido, la meditación de la palabra divina, el trabajo creativo, el deporte, la contemplación de símbolos naturales —la luz viva de un cirio o una antorcha, un gesto expresivo, un trozo de pan sobre la mesa...—.

Para descubrir la inmensa riqueza que alberga la vida cotidiana y comunicarla a sus jóvenes, Guardini analizó multitud de temas: la liturgia católica, el jue-

---

<sup>7</sup> Un amplio estudio del pensamiento de Ebner puede verse en mi obra *El poder del diálogo y del encuentro*, BAC, Madrid, 1997.

go, la palabra y el silencio, la libertad, la autoridad y el mando, el recibir y el dar... Estas importantes cuestiones las estudió con una intención básica: mostrar que muchas de ellas parecen aspectos de la vida humana *opuestos*, cuando en realidad son *contrastados y complementarios*. De esta forma quiere Guardini *superar las tensiones que originan conflictos en el interior de cada hombre*. Si pienso que, para ser libre, debo prescindir de toda norma, porque libertad y normas se oponen y constituyen un dilema, me siento desgarrado en multitud de ocasiones, ya que mi actividad necesita seguir el cauce de ciertas normas pero internamente me siento llamado a actuar libremente. ¿Se trata de un *dilema* o de un *contraste*? Guardini dedicó a esta cuestión todo un libro: *El contraste*, que es, según propio testimonio, el que orienta toda su actividad como conferenciante y escritor.

La vida del hombre moderno está tensionada por varios pseudo-dilemas, que conviene descubrir a tiempo. La Edad Moderna exaltó muy justamente el yo humano, su poderío e independencia, pero dejó de lado el hecho decisivo de que el yo humano es *independiente en vinculación y poderoso en colaboración*. Creer que estas expresiones constituyen una paradoja inaceptable fue el gran drama de esa época. Ver por dentro y en su raíz que se trata de expresiones perfectamente *lógicas* —con la lógica propia de las realidades personales— es la tarea específica del momento actual. De este modo lograremos *enriquecer* al hombre y colmar el inmenso vacío abierto por el pensamiento unilateral de la Edad Moderna. Este hombre dotado de toda su riqueza interior será el llamado a configurar la verdadera Edad Post-moderna.

Para llevar a cabo tal enriquecimiento, debemos vincularnos con todas las realidades del entorno, sobre todo las más valiosas. Lo cual exige conceder a cada realidad el rango y valor que alberga, pues sólo con realidades valiosas es posible el encuentro. Quienes cumplan con este deber de justicia serán los fundadores de la «Nueva Época».

La vigorosa labor intelectual y espiritual de Guardini se dirigió expresamente a delinear la figura del «hombre nuevo», el ser llamado a configurar un *nuevo estilo de pensar, de sentir y de querer* mediante un cambio de ideal. En la prodigiosa década del veinte al treinta, en la que germinaron multitud de movimientos intelectuales y espirituales, numerosos pensadores destacaron la necesidad de sustituir el viejo *ideal de la posesión y el dominio* por un *ideal de desprendimiento y solidaridad*<sup>8</sup>. Ya en las *Cartas de autoformación* (1924) y en las *Cartas del lago de*

---

<sup>8</sup> En este tiempo abundan los libros que anuncian ya en su título la necesidad de realizar un cambio en el estilo de pensar: *Das neue Denken* (El nuevo pensamiento), *Die Welt in neuer Sicht* (El mundo desde una perspectiva nueva).

*Como* (1927), Guardini manifestó su gozo ante el advenimiento de un tipo de hombre que asume los mejores logros de la Edad Moderna pero supera sus fallos por saber que la realidad más valiosa del universo es la persona humana y cuanto ella implica. «Nuestro lugar —escribe— se halla en el futuro que se está gestando. Nuestro entusiasmo vibra ante su imponente fuerza y su voluntad de responsabilidad». «Un nuevo tipo de hombre debe surgir, un hombre de profunda espiritualidad, de un nuevo sentido de la libertad y la intimidad, una nueva conformación y poder de configuración». «Lo que necesitamos no es menos técnica, sino más: una técnica más fuerte, más reflexiva, más “humana”. Más ciencia, pero más espiritual, mejor conformada. Más energía económica y política, pero más desarrollada, más madura, más consciente de su responsabilidad, de modo que sepa encuadrar a cada individuo en el lugar que le compete»<sup>9</sup>.

En el aspecto religioso, Guardini proclamó, en 1922, que «la Iglesia está despertando en las almas». Este entreveramiento fecundo de las personas y la comunidad religiosa constituye un fenómeno sumamente prometedor porque indica que el hombre ha descubierto que su verdadera autonomía y fortaleza la obtiene dando a su vida dos centros: el *personal* y el *comunitario*. El ser humano no debe ser representado a modo de una circunferencia, polarizada en torno a un solo centro, sino a modo de una *elipse*, que se constituye dinámicamente en el espacio creado por dos centros. El yo se constituye como tal al abrirse a un tú; el yo y el tú viven plenamente en el ámbito formado por el «nosotros»<sup>10</sup>.

Diversas manifestaciones de vida humana prometedora hicieron pensar a Guardini que la nueva época estaba a punto de configurarse. Pronto hubo de ver que el desconocimiento de la verdadera contextura del ser humano no permitía al hombre europeo dar el giro espiritual que exige la superación del espíritu de la Edad Moderna. Por eso cuando en 1936, el nacionalsocialismo empezó a dificultar las tareas del Movimiento de Juventud y en 1939 confiscó el castillo de Rothenfels, Guardini sintió la decepción de ver que su espléndida imagen del hombre nuevo que había diseñado en sus obras e intentado modelar en sus jóvenes estaba lejos de ser una realidad. Todo parecía haber sido una bella ilusión. En realidad, Guardini, al prever la llegada inminente del hombre de la nueva época, no había hecho sino trasvasar a toda la sociedad la actitud renovada del grupo de jóvenes selectos que se centraban en torno al castillo de Rothenfels.

---

<sup>9</sup> Cf. *Briefe vom Comer See*, M. Grünwald, Maguncia, 1930, págs. 87-89.

<sup>10</sup> Esta doctrina está ampliamente expuesta en las obras de F. EBNER, M. BUBER, FR. ROSENZWEIG, R. GUARDINI, TH. HAECCKER, E. BRUNNER y tantos otros pensadores dialógicos. Véase la excelente obra de JOSÉ MARÍA COLL: *Filosofía de la relación interpersonal*, PPU, Barcelona, 1990, y el *Diccionario del Pensamiento Contemporáneo*, San Pablo, Madrid, 1997 (ed. Mariano Moreno Villa).

El horror de la segunda guerra mundial oscureció el clima de luminosidad que reinaba en el Movimiento de Juventud, pero no fue capaz de desviar a Guardini de su orientación primera. En su primer escrito tras la guerra (*El mesianismo en el mito, la revelación y la política*<sup>11</sup>) se lamentó de que Europa se hubiera ensañado de tal forma contra sí misma, y subrayó con renovada energía que la única salvación para este continente herido era reavivar su conciencia cristiana, porque *ésta le insta a vincular fecundamente todos los niveles de realidad que constituyen la figura del hombre cabal.*

El Cristianismo no tolera la mutilación del ser humano. Por eso nos invita a vincular la inmanencia y la trascendencia, el cuerpo y el alma, el individuo y la comunidad, el tiempo y la eternidad. Guardini había subrayado ya en 1935 que la conciencia cristiana nos hace amar lo eterno por encima de lo temporal, anclar nuestras verdades terrenas en las sobrenaturales y comprender —como decía Kierkegaard— que escindir lo humano de lo divino no nos lleva a la plenitud sino al descentramiento interior y la desesperación<sup>12</sup>. El hombre se desquicia, literalmente, y con él la sociedad cuando rompe amarras con Quien es su origen y su meta, su apoyo primero y último. Queda descentrado como una elipse que pierde uno de sus dos centros. Darse cuenta de esto supone reflexión, recogimiento, movilización de todos los recursos intelectuales y espirituales.

### EUROPA MOVILIZA SU VIEJA SABIDURÍA

Europa, en conjunto, no cambió el ideal del dominio por el de la solidaridad, como le recomendaron sus pensadores más lúcidos, y sobrevino la segunda Guerra Mundial. Al vivir la situación-límite que supuso esta hecatombe, Europa se percató pronto de que debía poner en juego su capacidad creativa en todos los órdenes. Ya en 1946, recién terminado el conflicto, se iniciaron los célebres «Encuentros internacionales de Ginebra», en los que afamados pensadores analizaron año tras año grandes cuestiones relativas al hombre. En el primer encuentro, subrayaron la necesidad de «servirnos de nuestra inteligencia para cambiar nuestras formas de pensamiento» y «transformar a los intelectuales». Pero el entendimiento debe unirse a la *imaginación poética* a fin de concebir el *nuevo ideal* que debe impulsar la restauración de Europa. Tal ideal se descubre cuando se conocen a fondo los valores humanos más altos. Hemos de perfeccionar nuestras cualidades humanas a fin de ganar una visión clara de lo que es e implica nuestra naturaleza humana *en su integridad.*

---

<sup>11</sup> Rialp, Madrid 1948.

<sup>12</sup> Cf. *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*, Guadarrama, Madrid, 1969.

Con estas ideas terminó Stephen Spender su conferencia sobre «El porvenir de Europa desde su presente». Ejercitando esa imaginación poética y ese pensamiento poderoso que él reclamaba, el gran escritor Georges Bernanos destacó que la técnica desmadrada sigue configurando un mundo en el que el hombre sólo puede subsistir «a condición de ser cada vez menos hombre». Para conseguir ese mundo inhumano, los que cultivan unilateralmente la técnica se esfuerzan por aniquilar la dignidad que otorgó al hombre europeo su conciencia cristiana. Ante esta situación, declara indignado Bernanos que se niega a «entregar Europa», y señala el único camino posible de regeneración. La civilización europea —afirma— se halla en estado de derrumbamiento no tanto porque la acosen fuerzas adversas sino porque está «aspirada por el vacío». Es un *vacío espiritual*, fruto de un *empobrecimiento sistemático*. «El espíritu europeo —agrega— era esa fe que Europa tenía en sí misma, en sus destinos, en su misión universal. La ha perdido, la ha perdido dos veces, ya que no la ha reemplazado por nada»<sup>13</sup>.

Esta pérdida responde, en buena medida, a un fallo en el estilo de pensar. «Para que tales seres (los hombres de la metralleta) —advierde Bernanos— apareciesen en el mundo, no hubiera sido suficiente un mundo injusto, fue necesario que las nociones de justo e injusto se degradasen profundamente, y tal degradación era la tarea de los intelectuales»<sup>14</sup>. La mente degradada tiende a rebajar al hombre de nivel, reducirlo de rango y convertirlo en *objeto*, en *medio para los propios fines*: «El primer síntoma de corrupción en una sociedad todavía viva es que los medios se han convertido en fines. Así no tienen necesidad de justificación alguna. Desde que el hombre no es tenido, con consentimiento general, más que como una cosa entre las cosas (...), el clima de la civilización se convierte en muy favorable para el nacimiento y multiplicación del animal totalitario»<sup>15</sup>.

Este afán de rebajar la condición del hombre se da unido a la voluntad de resolver los conflictos *por vía de evasión*, renunciando a la responsabilidad que implica nuestra condición *personal*. De ahí la nostalgia que, tras la primera guerra mundial, sintieron diversos intelectuales, artistas y literatos por el mundo infrapersonal, infracreador, infrarresponsable. «El hombre medio de ninguna manera está orgulloso de su alma, no pide sino negarla. Cree descubrir que no existe con una especie de incomprensible arrogancia»<sup>16</sup>. Al orientar la ciencia y la técnica al aumento del dominio y el disfrute, el hombre contemporáneo quiere dejar de lado

---

<sup>13</sup> Cf. *El espíritu europeo*, pág. 258.

<sup>14</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 261.

<sup>15</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 263.

<sup>16</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 264.

«esta conciencia abrumadora del bien y del mal»<sup>17</sup>. Pero ese ideal egoísta e individualista implica un vacío espiritual tan hondo que succiona a Europa y «la liquida»<sup>18</sup>. «El espíritu humano no ha podido controlar las obras de sus manos (...). No ha sido la ciencia, ni los hombres de ciencia, los que han acelerado hasta el absurdo la evolución mecánica, sino la codicia desencadenada en el mundo por estas formas nuevas e inesperadas de especulación»<sup>19</sup>.

También Karl Jaspers, en el mismo encuentro, subrayó que el conflicto europeo tiene su raíz en una falta de comprensión de la verdadera esencia del ser humano. Por eso insiste en la necesidad de recuperar el auténtico sentido de la libertad, que debe aunar tensionadamente aspectos diversos de la realidad: «No soy libre por mí mismo; cuando me siento verdaderamente libre, me doy cuenta al mismo tiempo, justamente, de que me he sido dado a mí mismo como un regalo venido de la trascendencia (...). La existencia que podemos ser no es real más que unida a la trascendencia que nos hace ser»<sup>20</sup>. Esa libertad recibida debe ejercerse creando vida de comunidad, colaborando a la realización libre de los demás. «Como europeos, no podemos querer más que un mundo en el cual ni Europa ni ninguna otra cultura domine a las demás; un mundo en el que los hombres, dejándose libres los unos a los otros, se dirijan todos en solidaridad hacia los demás»<sup>21</sup>.

Por eso concede Jaspers tanta importancia a la *comunicación*<sup>22</sup>: «Cuando los hombres hablan auténticamente entre sí, esto les conduce a la verdad y, por ende, a la humanidad»<sup>23</sup>. «El individuo no puede llegar a ser él mismo más que a condición de que los demás lo lleguen a ser también»<sup>24</sup>. Pero esta comunicación generosa, inspirada por una auténtica «libertad interior» —instancia decisiva en nuestra vida<sup>25</sup>—, sólo es posible cuando sobrevolamos nuestra existencia y descubrimos nuestra *verdad total*, la de seres que vienen del Dios infinito y van hacia El, siempre en camino, unidos en una comunidad de amor. Este descubrimiento nos purifica el corazón y nos dispone para realizar un «trabajo constructivo»<sup>26</sup>. Jaspers

---

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 271.

<sup>19</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 267.

<sup>20</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 293.

<sup>21</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 308.

<sup>22</sup> Véase el segundo volumen de su gran obra *Philosophie*, titulado *Existenzerhellung*, Springer, Berlín, 1932.

<sup>23</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 313.

<sup>24</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 321.

<sup>25</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 299.

<sup>26</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 325.

ahonda en las fuentes históricas del espíritu europeo más genuino, y afirma: «Si todo desaparece, Dios queda. Es suficiente que la trascendencia sea. Ni siquiera Europa es para nosotros la suprema realidad. Llegaremos a ser europeos a condición de llegar a ser hombres verdaderamente, o sea, hombres que saquen su ser de la profundidad del origen y el fin, que ambos están en Dios»<sup>27</sup>. Es impresionante oír estas palabras a un pensador tan sobrio y poco inclinado a aceptar los dogmas religiosos. Si subraya la necesidad de anclar la vida en el Ser Supremo, incondicionado, es porque ha llegado al fondo del mejor pensamiento europeo. Por eso se adhiere a la opinión de Bernanos de que «el mundo no podrá salvarse más que por los hombres libres»<sup>28</sup>.

Para adquirir esta libertad interior, el hombre necesita ser acogido y respetado por su entorno y recibir del mismo posibilidades de comunicación auténtica y de vida comunitaria, que es donde florece la paz. Sólo este desarrollo cabal de cada persona permitirá a Europa recuperarse de la «catástrofe antropológica» que supusieron los dos grandes conflictos sociales.

### ACTITUDES QUE BLOQUEAN LA VÍA HACIA LA LIBERTAD INTERIOR

La llamada a respetar la dignidad humana que hizo Jaspers, y con él multitud de autores contemporáneos relevantes<sup>29</sup>, apenas fue oída a partir de la segunda guerra mundial debido a varias actitudes muy generalizadas, que depauperan la vida del hombre en lugar de enriquecerla. Entre ellas destacan por su peligrosidad las siguientes:

1. *El reduccionismo*. Se entiende por tal la tendencia a depreciar al hombre, rebajarle de condición, negarle posibilidades de pleno desarrollo. Por su inclinación a desenmascarar falsos prestigios, el reduccionista se hace valer como un espíritu *realista*, que practica la sobriedad intelectual y se consagra a desvelar vanas ilusiones y demoler ídolos de todo orden. «Se os ha dicho —proclama enfáticamente— que el hombre es una realidad grandiosa, abierta a horizontes infinitos. Yo os diré la verdad: *El hombre es un amasijo de pasiones inconfesables, de pulsiones*

---

<sup>27</sup> Cf. *op. cit.*, pág. 322.

<sup>28</sup> Cf. *op. cit.*, págs. 280-281.

<sup>29</sup> Recuérdese el profundo sentimiento de reverencia ante la figura del ser humano que muestran en todo momento los pensadores existenciales (Karl Jaspers, Gabriel Marcel y Martin Heidegger), los dialógicos y personalistas (además de los ya citados, S. Kierkegaard, E. Mounier, J. Lacroix, M. Nédoncelle, N. Berdiaeff...).

*instintivas que pulverizan todas las barreras que quiera ponerles el espíritu. Se asegura que el arte es la expresión más lograda del anhelo de belleza que late en el espíritu humano. No te dejes engañar: El arte es la mera sublimación de instintos pasionales.*

El reduccionismo baja al hombre a niveles de casi nula elevación espiritual, cuando no de positiva negación de lo espiritual, mediante la ruptura de formas en las artes plásticas y el cultivo de lo informe, la anatematización de la armonía y la melodía en la música, el rechazo de toda forma de *obligación* en la ética, la exaltación del desarraigo en la vida religiosa...

Al empobrecer la realidad humana y cuanto la rodea, se amengua la capacidad por parte del hombre de crear formas de unidad valiosas, realizar experiencias reversibles y crear modos diversos de encuentro, a través de los cuales se desarrolla la persona y gana auténtica libertad y firmeza. Esta disminución de la creatividad deja al hombre cerrado en sí y desvalido, en buena medida, frente a los afanosos de poder. Hoy día se fomentan las distintas formas de vértigo —embriaguez, violencia, poder y dominio, erotismo posesivo, juegos de azar, droga...—. Tal fomento supone una *inversión de la escala de valores* y constituye un tipo de *revolución solapada*, mucho más grave que las conmociones violentas porque mina las bases de la creatividad del hombre y de su correlativa madurez y felicidad sin que lo adviertan la mayoría de las gentes.

Bajo pretexto de sobriedad intelectual, el reduccionismo ataca de raíz la tendencia europea a conceder al hombre su plenitud de dimensiones y su cabal dignidad. Por eso suele ir aliado con el «nihilismo», la pretensión de amenguar el sentido de la vida humana y reducir el alcance y la energía vital del espíritu europeo<sup>30</sup>.

2. *La unilateralidad.* Para dominar una realidad, el afanoso de poder suele simplificarla, reducirla a uno de sus aspectos más vulnerables.

- Si uno reduce a una persona a la condición de «enemigo», queda en franquía para atacarla sin cuartel. Por eso procura no tener en cuenta otros aspectos de su personalidad que tal vez inhibirían su agresividad. Así, los boxeadores rehuyen, antes del combate, oír datos personales de sus contrincantes.

---

<sup>30</sup> El término «Nihilismo», inventado por F. H. Jacobi (1799), indica la opinión de que todo viene a ser una «pura nada» (*nihil*, en latín), por lo cual carece de valor y sentido. En una acepción más concreta, se utiliza dicho vocablo para denominar la pretensión —por parte de ciertos países— de destruir la civilización occidental de inspiración cristiana mediante una alteración radical de la *escala de valores*.

- Al ver una realidad sólo en su aspecto *cuantificable*, se la puede someter al método científico de conocimiento, que nos permite tener sobre ella un alto grado de *dominio*.

Estimar que sólo son auténticas las formas de conocimiento que nos otorgan dominio sobre algún aspecto de la realidad es una forma de pensamiento *unilateral, parcial, insuficiente*. Si una realidad es compleja, el único modo de conocimiento adecuado es el que hace justicia a tal complejidad. Por ejemplo, en el acto de conocer aparece un sujeto y un objeto; yo, como sujeto, estoy aquí y mi objeto de conocimiento está ahí, fuera de mí. Lo que está fuera de mí es distinto, distante y externo. Pero ¿lo será siempre? Hay filósofos que lo dan por supuesto. Esta forma precipitada de proceder es *unilateral*, no prevé todas las posibilidades que pueden darse, porque un *objeto de conocimiento* que no sea un *mero objeto*, sino que tenga capacidad de iniciativa y ofrezca posibilidades a un *sujeto de conocimiento*, puede establecer con éste —y viceversa— una relación de trato en la cual deja de ser externo y distante para convertirse en *íntimo*. Tener esto en cuenta complica el discurso pero lo enriquece, y otorga a la vida humana una amplia serie de posibilidades en orden a crear modos elevados de unidad con las realidades circundantes.

Las experiencias morales y religiosas son realizadas por personas conscientes y libres. Como las personas son sujetos de conocimiento y de acción, se afirma que tales experiencias tienen carácter «subjetivo». En este sentido es justa la afirmación. Pero lo «subjetivo» se contrapone a lo «objetivo», lo propio de los objetos, y éstos son el *objeto propio del conocimiento científico*. El que sólo considere como auténtico este tipo de conocimiento, afirmará que el conocimiento moral y religioso es puramente «subjetivo», realizado arbitrariamente por un sujeto, sin el control propio del método científico. Carece, por tanto, de carácter estrictamente «racional»; pertenece al área de lo «irracional». Obviamente, esta forma de razonar —denominada «cientificista»— es *unilateral*, no hace justicia a la realidad. Y la realidad acaba siempre vengándose. Su venganza consiste en no dejar al hombre desarrollar debidamente su personalidad.

La vida moral y la religiosa exigen el compromiso de cada persona, su decisión libre y lúcida. Cada decisión moral y cada acto religioso deben brotar de la intimidad personal. Puede decirse, por tanto, que presentan un carácter *privado*; no son *públicos*, como lo es un código de circulación, que afecta a todos los ciudadanos con independencia de su posición personal frente a las normas que contiene. Como, en este aspecto, lo *privado* y lo *público* se hallan en esferas distintas y se contraponen, hay un pretexto para considerarlos como *opuestos* y afirmar precipitadamente que la moral y la religión pertenecen al ámbito de lo *privado* y no

tienen papel alguno que cumplir en el ámbito de lo *público*. Con ello se priva a la comunidad de su impulso hacia los valores más altos, que son el origen por excelencia de la cohesión social. «Amarse —decía Saint-Exupéry— no es mirarse el uno al otro sino mirar juntos en la misma dirección»<sup>31</sup>.

Destacar la importancia de la unidad económica y política de Europa está plenamente justificado. Considerar suficiente tal tipo de unidad, sin aludir siquiera a la *unidad de orientación espiritual*, constituye una *reducción ilícita del ángulo visual*, y esta miopía amengua las posibilidades creativas del hombre europeo y su vida comunitaria. Es una forma de *unilateralidad* peligrosa.

3. *La manipulación*. El manipulador tiene como única meta *vencer a las gentes sin convencerlas*, es decir, sin ofrecerles razones. Para ello simplifica, tergiversa, empobrece la realidad, pone la verdad al servicio del éxito. Es una forma actualizada de la antigua «*sofística*», corriente que, según advirtió Zubiri, vuelve a anegarnos actualmente, como en tiempo de los griegos<sup>32</sup>.

4. *El intrusismo*. Cuando se desea dominar, escalar una posición de protagonista, y no se respeta la verdad en toda su riqueza y complejidad, se arroga uno el derecho a hablar en público de temas que desconoce, aun a riesgo de desorientar gravemente a las gentes, sobre todo a las más menesterosas en cuanto a formación. Esta desmesura deja a la sociedad en manos de una red de personas cuyas posibilidades de influir en la opinión pública sobrepasan años luz a su bagaje formativo.

5. *El sectarismo*. El que adopta ante los demás una actitud de dominio y desconoce la complejidad de un tema, pero da por supuesto que toda opinión tiene derecho a ser respetada aunque no se base en un estudio responsable del asunto, tiende a *imponer* sus puntos de vista de forma prepotente, poco matizada, nada flexible, incluso a veces agresiva. No considera a los demás como posibles colaboradores en la búsqueda de la verdad, sino como destinatarios de un mensaje que no admite alternativa.

6. *El individualismo*. Nos impresiona con razón el privilegio que supone el ser un «yo», constituir un centro de iniciativa, poder tomar decisiones, *enfrentarse* a todo cuanto existe, actuar como sujeto de acciones, proyectos, anhelos... Esa emoción suele traducirse en responsabilidad y madurez. Pero, si consideramos que *enfrentarse* significa necesariamente *oponerse*, concluiremos que, para ser un yo

---

<sup>31</sup> Cf. *Terre des hommes*, Gallimard, París, 1939, págs. 234-235.

<sup>32</sup> Cf. *Inteligencia sentiente*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, pág. 15.

auténtico, hemos de desligarnos de cuanto sea distinto y distante de nosotros, y no admitir que la verdad, el bien, la justicia y otras instancias semejantes tengan primacía sobre nuestra capacidad arbitraria de decidir. Esta conclusión está dictada por una falta de rigor intelectual: *pensar que nuestro yo es el centro absoluto de nuestra existencia*. Semejante desconocimiento de nuestra realidad personal ciega en nosotros la posibilidad de vivir creativamente, pues hoy sabemos bien que el hombre vive creativamente cuando admite que su vida se desarrolla entre *dos centros de iniciativa*: su yo y las realidades del entorno que le ofrecen posibilidades para actuar con sentido.

7. *El analfabetismo de segundo grado*. Puede uno saber leer y adquirir multitud de conocimientos, pero no captar el *sentido profundo* de la vida humana, las leyes de nuestro desarrollo personal. Tenemos una idea, más o menos precisa, de lo que significan, por ejemplo, el *egoísmo* y la *tristeza*. Pero ¿sabemos la relación que existe entre lo uno y lo otro? Unamuno, en su *Diario íntimo*, indica que es egoísta y no le queda en la vida más que la tristeza. Si no conocemos el nexo enigmático que media entre ambos fenómenos, padecemos un *analfabetismo de grado superior*. Sabemos unir las letras y descifrar el significado de los vocablos del lenguaje, por ejemplo, tristeza y egoísmo, pero somos incapaces de leer el *sentido profundo* de tales vocablos. Todos somos analfabetos en la medida en la que desconocemos el lenguaje de la vida creativa, rigurosamente personal. Lo temible para nosotros y para la vida social es la actitud de desprecio hacia este tipo de conocimientos, porque se consagra como normal, e incluso progresista, la ignorancia acerca de la forma de realizarnos cabalmente como personas. Con ello decae el voltaje espiritual de las personas y los pueblos.

Estas siete actitudes anulan en buena medida la *capacidad integradora* del hombre, ser complejo que necesita, para vivir dignamente, aunar todas sus dimensiones: *Es libre pero depende* de multitud de realidades que le ofrecen posibilidades de acción; *es autónomo en vinculación* a realidades e instancias que le vienen dadas de fuera y debe hacerlas íntimas; *es finito pero tiene anhelos indelimitados*; *es menesteroso pero digno de respeto incondicional*.

Para integrar estas condiciones, aparentemente opuestas, se requiere *energía espiritual*, porque tales contradicciones las superamos al relacionarnos *creativamente* con el entorno. Esa energía es anulada al adoptar las actitudes antedichas, que reflejan el *cansancio interior* que el gran Husserl consideró como el mayor peligro para Europa<sup>33</sup>. Lo contrario del cansancio es la *energía*, y ésta va unida con

---

<sup>33</sup> «El mayor peligro de Europa es el cansancio. Luchemos contra este peligro de los peligros como “buenos europeos”, con esa valentía que ni siquiera se arredra ante una lucha infinita; entonces,

el *entusiasmo*. Ambos son fruto del encuentro, que nos hace *entrar en juego* con realidades valiosas. La fatiga espiritual sobreviene cuando el hombre, por *afán desmedido de autonomía*, se repliega sobre sí mismo y acaba perdiéndose en la marea arrolladora del *totalitarismo*. Entonces, el hombre consume sus fuerzas luchando con las consecuencias de su voluntad de poder e independencia.

Europa posee actualmente recursos suficientes para romper el bloqueo espiritual del individualismo, provocado por la anemia intelectual de ciertas corrientes de pensamiento, y volver a configurar una vida humana plena, dotada de la riqueza y la envergadura que le compete. Para movilizar tales recursos, necesitamos poner la vida a un ideal capaz de generar una energía interior que nos capacite para dar un giro a nuestra mentalidad, al estilo de pensar y la actitud ante la vida. *Ese ideal no puede ser otro que el de la solidaridad y la unidad.*

Europa está hoy libre de la opresión derivada de las ideologías nazi y soviética. Esa actitud defensiva otorgó cierto sentido durante un tiempo a nuestra existencia de europeos occidentales. Caído el muro, nos quedamos a solas con la necesidad de plantear nuestra vida desde unos fundamentos espirituales sólidos. *Una ingente tarea de clarificación intelectual se abre ante nosotros si queremos asegurar un futuro luminoso para Europa.*

Este esfuerzo podemos articularlo en los puntos siguientes:

1. Nuestra opción fundamental ha de consistir en enriquecer la vida humana en todos los órdenes, orientando sus energías hacia su auténtico ideal. El ideal es la clave de bóveda de la que pende todo el edificio de nuestra personalidad. El ideal no es una mera *idea*, es una *idea motriz* que expresa el valor que ensambla y corona todos los demás y les da sentido. Los hombres podemos descubrir valores y percibir su distinto rango. A lo largo de la vida advertimos que cierto valor los corona a todos, y lo elegimos como la meta de nuestra existencia.

Ese ideal puede ser auténtico o inauténtico, según responda o no a nuestra vocación y misión como hombres. ¿A qué nos sentimos enviados y llamados los seres humanos? ¿A la escisión o a la unidad? ¿Al odio o al amor? ¿A la destrucción o a la construcción? La mejor investigación relativa al hombre afirma en la actuali-

---

de la brasa destructora de la incredulidad, del fuego lento de la desesperación sobre la misión de Occidente respecto a la humanidad, de las cenizas del gran cansancio, resurgirá el Fénix de una nueva vida interior y de una espiritualización nueva, garantía de un futuro grande y remoto para la humanidad: porque sólo el espíritu es inmortal.

dad que éste vive como persona, y se desarrolla y perfecciona en cuanto tal, creando toda suerte de encuentros. El encuentro, bien entendido, es una forma eminente de unidad. Podemos, pues, concluir que el valor por excelencia de la vida humana, su *ideal*, consiste en instaurar las formas de unidad más valiosas con las realidades del entorno.

Esta instauración sólo es posible cuando se ven tales realidades no como meros objetos dominables y poseíbles sino como realidades dotadas de iniciativa, capaces de ofrecer ciertas posibilidades y recibir las que les son ofrecidas. Estas realidades, que suelo denominar «ámbitos», exigen un trato respetuoso y colaborador. El nuevo ideal es el del encuentro, el servicio y la solidaridad. Con profundo sentido de la historia y del presente, Romano Guardini, al recibir en Bruselas, en 1962, el premio al mejor humanista europeo, indicó que la gran tarea de Europa es actualmente crear una «cultura del servicio», frente a la «cultura de la dominación y el poder» que creó en el pasado. El paso del *ideal del dominio* al *ideal de la colaboración* pondrá sin duda a Europa en el camino de su realización cabal, que no consiste sólo en unirse las naciones monetaria, económica y políticamente, sino en crear un gran *espacio de comunión de los espíritus*. La unión estrecha de las personas y los grupos sociales es lo que marca la cima del desarrollo humano.

2. La unión estrecha con las realidades del entorno sólo podemos lograrla si superamos de raíz el *relativismo* y el *subjetivismo* mediante una forma de *pensamiento relacional*. El miedo al relativismo frenó la investigación de lo que es e implica el pensamiento relacional. Pero hoy estamos liberados de dicho temor. Yo soy libre al *vincularme* a realidades e instancias que me ofrecen posibilidades valiosas, que puedo asumir como propias. Tengo potencias naturales —inteligencia, voluntad, capacidad creativa...—, pero necesito las posibilidades que me facilita mi entorno. Tengo poder para desarrollarme como persona, pero ese desarrollo se lleva a cabo realizando *experiencias reversibles*, en las que colaboro con las realidades circundantes. Soy centro de iniciativa, pero opero en vinculación a otro centro, que es el constituido por tales realidades.

3. Este pensamiento relacional exige apertura, flexibilidad, sencillez, espíritu acogedor, afanoso más de colaborar que de dominar. Adoptar el estilo de pensar relacional supone una conversión, el cambio de una actitud prepotente por la actitud humilde.

4. Este giro espiritual lo realizamos cuando nos percatamos de que a solas no podemos llegar a pleno desarrollo. Los seres humanos tenemos el privilegio de poder asumir las riendas de nuestro crecimiento espiritual, pero este crecimiento hemos de hacerlo *en colaboración*, creando formas solidarias de comuni-

dad. «El hombre es un ser de encuentro», nos enseña hoy la Biología. La vida comunitaria se constituye a través de encuentros de todo tipo, y el encuentro plantea diversas exigencias, que denominamos *virtudes*. El ejercicio de las virtudes —la generosidad, la veracidad, la fidelidad, la cordialidad...— es la base ineludible de una vida personal sólida y fecunda.

5. Para vivir con entusiasmo el encuentro en todas las vertientes de la vida, debemos conocer de cerca las diversas formas de crear unidad con el entorno. La forma de unidad y, por tanto, de encuentro más elevada es la que se realiza con el Ser Supremo. En ese encuentro logra el hombre su máxima realización como persona.

6. Para ver esto claramente, debemos tener *confianza en nuestra capacidad intelectual*, en nuestra razón. Diversas corrientes intelectuales se aventuraron en la peligrosa tarea de convencer a las gentes de que somos incapaces de clarificar las cuestiones últimas de nuestra vida. ¿De verdad somos incapaces de pensar que el respeto *incondicional* a una persona, por humilde y desventurada que sea, debe anclarse en una realidad capaz de dignificarla por ser *quien es*, no por ser *lo que es*? Si lo fuéramos, nuestra vida quedaría en vacío, ignoraríamos nuestra razón de ser, el sentido de nuestra existencia. Pues bien, esa capacidad de penetrar en lo hondo de nuestra vida se llama, de antiguo, *Metafísica*. Querer anular la Metafísica, arrumbarla como un residuo anacrónico de un pasado obsoleto, significa privar al hombre de su dignidad<sup>34</sup>.

7. Para pensar de esa forma profunda, debemos acoger activamente las mejores posibilidades que nos ofrece el pasado. Esa forma de *acogimiento activo* de posibilidades es la quintaesencia de la *creatividad*. Sólo podemos configurar un futuro prometedor si *vivimos históricamente*, acogiendo el pasado, asumiendo las posibilidades que nos han transmitido las generaciones anteriores y legando nosotros nuevas posibilidades a las generaciones venideras<sup>35</sup>.

8. De esta forma, daremos a nuestro lenguaje la debida densidad de sentido. Si hablamos de respeto a los demás, de libertad interior, amor personal, verdad, justicia, orden, progreso..., sabremos dar a estos términos todo su alcance, y no tergiversaremos su significado de manera manipuladora.

---

<sup>34</sup> Por esta profunda razón nos insta Juan Pablo II a cultivar el pensamiento *metafísico*. (Véanse las Encíclicas *Veritatis Splendor* y *Fides et ratio*.)

<sup>35</sup> Cf. X. ZUBIRI: «La dimensión histórica del ser humano», en *Realtas I*, Seminario Xavier Zubiri, Madrid 1974, págs. 11-69.

Estos ocho puntos exponen en qué consiste *dar el salto a la vida auténtica* que nos recomendaron enérgicamente los pensadores existenciales (Heidegger, Jaspers, Marcel). Cuando te encuentres en una «situación-límite» (un fracaso económico o amoroso, una angustia existencial, un callejón sin salida) y te parezca que la vida carece de sentido, no tomes esta apariencia como realidad, sino *elévate* a un nivel superior, el nivel de la vida *auténtica*, la vida *creativa*. La vida del hombre es auténtica cuando crea relaciones de encuentro con los demás (Marcel), aprende a *habitar*, en el sentido transitivo de crear vínculos (Heidegger), vive en *comunicación* (Jaspers). Saint-Exupéry, llevado de su admirable intuición para las cuestiones espirituales, sintió en 1939 el escalofrío de ver a su patria humillada por el invasor y escindida internamente. Encarnó su figura demudada en la imagen del piloto que sufre una avería y cae en el desierto. La imagen del «desierto» significa aquí el *grado cero de creatividad*. En ese momento de prueba suprema surge lo mejor de sí mismo, el «principito» que lleva dentro y que le dice: «¡Dibújame un cordero!», es decir: asciende al nivel de la creatividad, porque en ese nivel vas a poder encontrarte de veras con otras personas y recobrar el sentido de la vida. Es todo un programa de acción regenerativa el que nos propone el novelista en esta breve narración, escrita en el exilio con intención de largo alcance<sup>36</sup>.

Realizar esa actividad renovadora es la gran tarea que debe abordar Europa, a fin de aunar energías y crear una trama de vida floreciente. «El día en que vuelva a imperar en Europa —escribe Ortega— una auténtica filosofía —única cosa que puede salvarla—, se volverá a caer en la cuenta de que el hombre es, tenga de ello ganas o no, un ser constitutivamente forzado a buscar una instancia superior. Si logra por sí mismo encontrarla es que es un hombre excelente; si no, es que es un hombre-masa y necesita recibirla de aquél»<sup>37</sup>.

La búsqueda esforzada de esa «instancia superior» dará a Europa luz y energía suficiente para neutralizar la «revolución oculta»<sup>38</sup> que intenta subvertir los valores. Dicha «instancia» es, sin duda alguna, el *ideal de la unidad*. Consagrarse a su logro ha de ser el gran empeño de Europa en este momento. Si no se entrega a ella, perderá su hora. Esto significaría que su unificación quedaría en buena medida truncada, al no conseguir una unión profunda de las personas y los grupos sociales, de modo que se constituya no sólo una gran *sociedad* sino una verdadera *comunidad*.

---

<sup>36</sup> Una amplia exposición de *El principito* y su valor formativo puede verse en mi obra *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid, 1994, págs. 197-229.

<sup>37</sup> Cf. *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid, 1947, pág. 222.

<sup>38</sup> Véase mi obra *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores*, PPC, Madrid, 1998.

## UNA FORMA NUEVA DE PATRIOTISMO

Al ampliar los límites del propio país y compartir con otros pueblos tareas e intereses comunes, parece surgir el riesgo de que se diluya el concepto de patria y no sintamos su calor hogareño. Un continente tan rico en contrastes como Europa ¿puede constituir para nosotros un hogar espiritual, un «ámbito de fidelidad», un polo que atraiga nuestro afecto y haga vibrar las cuerdas más sensibles de nuestro ser?

Las formas de vibración, de sensibilidad, intimidad y fidelidad son correlativas a las realidades que tratamos. Hay realidades que afectan a muy diversas personas y pueblos y deciden el sentido de cada vida individual. La música gregoriana y la polifónica, por ejemplo, no son obra de un pueblo aislado, sino de un esfuerzo conjunto y lento. Cuando oigo una melodía gregoriana, una obra de Victoria, Palestrina o Bach, no estoy admirando sólo la genialidad de unas personas y unos pueblos determinados, sino el fruto del afán colectivo de desarrollar ciertas intuiciones fecundas surgidas en algunos lugares de Europa. El estilo gótico nació propiamente en Francia, en la abadía parisina de Saint Denis, pero no fue debido sólo a la genialidad del abad Suger, pues éste se inspiró en la metafísica platónica de la luz, transmitida por Plotino y el Pseudoareopagita. Una vez configurado este estilo, fue asumido y perfeccionado por constructores alemanes, españoles, ingleses... Un leonés que se emocione al vivir un acto litúrgico en el ámbito de luz transfigurada de su espléndida catedral siente el calor de su patria chica, pero al mismo tiempo participa de modo real y emotivo de un hogar más amplio y no por ello menos denso: el clima cultural de Europa que se fue creando a lo largo de siglos.

Algo semejante podríamos decir de los frutos del pensamiento científico, filosófico y teológico... y de todas las manifestaciones del genio europeo. A partir de ahora, las naciones insertas en la Unión Europea se verán a sí mismas como formas de vida que tienen un modo peculiar de configuración y un espíritu propio, pero tal espíritu y tal configuración responden en buena medida a corrientes internacionales sumamente fecundas que es un honor asumir y potenciar. Los grandes coros de las *Pasiones* del alemán Juan Sebastián Bach no hubieran sido posibles sin el talento de los hermanos Gabrielli, que deslumbraron a los músicos centroeuropeos con sus agrupaciones corales en la veneciana catedral de San Marcos. Recordemos la influencia decisiva que ejercieron los viajes a Italia y Grecia sobre los artistas y escritores del Norte de Europa: Hölderlin, Goethe, Haendel, Mozart...

Al unirnos los pueblos europeos, no sólo ganamos cada uno en amplitud, en facilidad de comunicación y en número de usuarios de una misma moneda...;

incrementamos la *calidad* de nuestra vida espiritual, pues adquirimos una perspectiva nueva para juzgar y valorar nuestros mismos valores. Seremos, por tanto, europeos españoles, europeos belgas, europeos suizos..., como ahora somos españoles gallegos, españoles andaluces... Lo cual no implica que descuidemos el cultivo de los valores autóctonos, sino que les demos todo su alcance. Al convertir Europa en una «patria común», no nos transformamos en seres cosmopolitas desarraigados, espiritualmente apátridas, desconectados de todo lugar concreto. Al contrario, purificamos el concepto de patria. Esta equivale a hogar espiritual, y *hogar* viene de *focus*, lugar donde arde el fuego de la unión mutua. Europa será una auténtica patria para cada uno de los pueblos que la integren si sabemos «habitarla», en sentido transitivo, es decir, crear vínculos fuertes y valiosos entre las personas y grupos. ¿Cómo no me voy a *sentir en casa* («at home», «zu Hause», «chez moi»...) al participar del mundo espiritual de Monteverdi, Beethoven, Bach, Miguel Angel, Velázquez, Durero y Shakespeare...? El concepto de patria no se difumina y pierde al participar en este legado común; adquiere diversos sentidos, que se enriquecen mutuamente al abrirnos a esos gigantes de la cultura.

### CONSEGUIR LA «EUROPA DEL CORAZÓN»

El P. Pire, premio Nobel de la Paz, destacó en Oslo hasta qué punto es difícil conseguir la «Europa del corazón», es decir: aunar no sólo las economías sino los espíritus. Esto, a mi ver, sólo se puede lograr mediante la consagración de todos a una gran idea, convertida en *ideal*. Y este ideal no puede ser otro que el valor cristiano por excelencia, la *unidad*, entendida radicalmente como *unidad trinitaria*. El dogma de la Trinidad no es para los cristianos una concepción de la divinidad que debe ser aceptada en fe por el entendimiento y la voluntad. Es un *modelo de vida*; más todavía: es el impulso primario a vivir de forma abierta y fecunda, en virtud del amor. Al ver las ruinas de Europa en 1945, Gabriel Marcel advirtió que hay heridas que no restañan nunca. Esto es cierto si uno se mira sólo a sí mismo, a su dolor y su resentimiento. Pero no lo es cuando tenemos libertad interior para mirar juntos hacia algo que nos supera infinitamente en valor. Lo valioso nos da entusiasmo suficiente para renacer a una vida nueva.

No está lejano el día en que incluso pueblos de continentes distintos establezcamos modos de relación tan íntimos que formemos una *patria espiritual*. Hace poco nos vimos sorprendidos en Europa por una interpretación bellísima de las cantatas de Bach a cargo de un coro y orquesta japoneses. El amor a esta música excelsa puede unimos entrañablemente a personas de origen y cultura dispares. Si, además, nos vemos unidos en tareas tan importantes como el progreso científico y

técnico, la erradicación de enfermedades graves, la estabilización de la economía mundial..., iremos tejiendo una red de vínculos y afectos que supongan un auténtico «habitar», una forma de «hogar espiritual».

No tardará en llegar el día en que no hablemos tanto de la unidad de Europa cuanto de la unión de ésta con otros continentes. La Humanidad necesita mentes poderosas que configuren estructuras intercontinentales nuevas, ajustadas al bien de los diferentes pueblos. Nuestra vida se halla cada día más interconectada. Ya no hay forma de solucionar los problemas nacionales sin pensar a escala continental. Pero los continentes, a su vez, necesitan abrirse a los otros. Los más dotados en medios humanos habrán de patrocinar modos de unión supracontinentales que creen modos nuevos de vida, con horizontes de auténtica esperanza. Indudablemente, la alta política del inmediato futuro deberá estar presidida por *el ideal de la unidad*, que no es una *mera utopía* sino un *principio de vida auténtica*, asentada en la verdad del hombre, visto en su condición relacional.

Los europeos no podemos perder esta ocasión de conseguir lo que ansiaron en vano nuestros antepasados más lúcidos. Será peligroso dejarnos llevar del egoísmo y no emprender este camino de generosidad, porque, como muy bien decía Ortega, «podemos perfectamente desertar de nuestro destino más auténtico, pero es para caer prisioneros en los pisos inferiores de nuestro destino»<sup>39</sup>.

Hoy Europa está libre de la amenaza oriental. Pero tiene un riesgo interior no menos temible: la subversión de valores que opera a modo de «revolución oculta». No causa horror, como sucede con una conmoción bélica; más bien halaga, como suelen hacer los manipuladores, pero mina arteramente las bases de la vida auténtica, porque enseguece para los grandes valores. Seríamos ciegos si no viéramos que incrementar la vida espiritual es, en este momento, una medida urgente, por ser condición indispensable para conseguir una unidad sólida, firme, duradera, capaz de superar las escisiones que provoca la falsificación de los valores.

El cultivo decidido de la vida espiritual —con cuanto implica de pensamiento riguroso, estima de los grandes valores, creación de vínculos personales...— hará posible la configuración de una época nueva respecto a la Edad Moderna. Una nueva época supone un nuevo estilo de pensar, sentir y querer, de orientar la vida creativa y relacionarse con el entorno —personas, instituciones, naturaleza, tradición, valores, Ser Supremo...—. Una nueva época exige un hombre nuevo, que asuma los mejores logros de la tradición para superar sus fallos y crear nuevas posibi-

---

<sup>39</sup> Cf. *Obras Completas IV*, Revista de Occidente, Madrid, 1961, pág. 211.

lidades que ofrecer a las generaciones siguientes. La *Nueva Europa* que ansiamos debe ir unida con la nueva época, el hombre nuevo, el estilo nuevo de pensar y de vivir.

## LOS ESPAÑOLES Y LA UNIDAD EUROPEA

En esta comunidad podemos y debemos participar los españoles de modo entusiasta. En los siglos xv, xvi y xvii estuvimos ensamblados brillantemente en la vida europea más cualificada. La música de Guerrero, Victoria y Morales se oía con admiración en Madrid, Nápoles y Flandes. Victoria pertenece a la Escuela polifónica romana, con el genial Palestrina a su lado. En Literatura contamos con genios universales como Lope, Tirso, Calderón y Cervantes. En filosofía influimos en los grandes pensadores europeos a través de Francisco Suárez. La Escuela de Salamanca abrió rutas decisivas al *Derecho de gentes*...

La colonización de América y las guerras de religión en Europa dispersaron nuestras mejores fuerzas y nos escindieron de los pueblos centroeuropeos. Ahora volvemos de nuevo a sentirnos vinculados en un proyecto común, que abre a las nuevas generaciones de españoles un horizonte de posibilidades inéditas. No se trata sólo de ampliar *cuantitativamente* nuestra capacidad de movimiento. Es una cuestión de *calidad espiritual*. Nos encontramos de golpe en un nivel de vida exigente y rico de posibilidades. Nuestro cometido es alzarnos a ese nivel mediante un recurso sencillo y contundente: *mostrar una alta calidad*. Ello nos situará en el gran foro cultural de Europa por derecho propio, con lo que esto significa de reconocimiento general. No hay tiempo que perder en discutir el llamado «problema español». Ya estamos insertos en las instituciones europeas. Ahora debemos procurar nuestra plena incorporación *cultural*. Podemos y debemos hacerlo. Recuerdo que, hacia 1955, uno de los directivos del colegio español de Munich era un joven sacerdote español. Su conocimiento de diversas lenguas antiguas y modernas le había permitido escribir un libro notable sobre los evangelios apócrifos, pero en ese centro desempeñaba un cargo humilde. Un buen día llamó a la puerta un emisario de una prestigiosa universidad alemana que venía a hacerle un excelente contrato como colaborador. Su alta calidad lo adentró de lleno en el corazón de la cultura europea.

El espíritu español fue siempre *realista e integrador*, integrador de cuerpo y espíritu, del yo y el tú, de un pueblo y otro, de una cultura y otra, del hombre y el Ser Supremo. Lo confirman numerosos extranjeros que agradecen a España haberles enseñado un nuevo *arte de vivir*, de relacionarse con espontaneidad, de sentir el gozo de la vida cotidiana aun en condiciones muy humildes.

En la tarea integradora de esta nueva Europa podemos los españoles ofrecer una contribución muy notable con nuestro estilo de vida y nuestra investigación.

### **NECESIDAD DE ESTUDIAR A FONDO LA VIDA ESPIRITUAL**

Al final de una carrera de éxitos espectaculares en diversos frentes —ciencia, técnica, expansión territorial...—, Europa se desangró en dos guerras fratricidas que provocaron una pérdida inmensa de bienes, vidas humanas y mentes preclaras que debieron exiliarse. Merced a la ayuda norteamericana, Europa llevó a cabo una restauración increíblemente rápida y eficaz. Ahora quiere dar un paso histórico hacia la unificación, a fin de tener voz propia en el concierto mundial. Acierta en buscar nuevas fuentes de energía en el aspecto económico y político, pero no debe olvidar que su fuerza provino en primer lugar del *cultivo de la vida en el espíritu*. Qué significa esta vida, cuáles son sus exigencias, qué frutos reporta a las personas particulares y la vida social... son temas que exigen en este momento un estudio urgente y profundo. De él pende en buena medida el éxito de las grandes operaciones internacionales que están teniendo lugar en Europa.